

príncipe murió de una inflamacion que habia contraído á causa de su vida desordenada. »

Aunque sin títulos para ocupar el trono, Catalina le sucedió como emperatriz, por el favor del pueblo, y la complicidad de su antiguo amante Mentschikoff, á la sazón mariscal del imperio. Ella sintió ó afectó un gran dolor á la muerte de su marido. La abundancia de sus lágrimas admiraba á los rusos. Por lo demás era una de las mas hermosas lloronas que se han podido ver ó imaginar.

Amó al conde Sapieha, caballero polaco, jóven muy hermoso. Ella lo hizo casarse con su sobrina, hija del hermano de quien hemos hablado mas arriba, para tener un pretexto de guardar constantemente á su lado á este jóven. Murió de consuncion, despues de dos años de reinado dejando todavía las riendas del gobierno á Mentschikoff, que conspiraba secretamente en favor del gran duque de Moscovia, hijo legitimo de la emperatriz Eudoxia, primera mujer de Pedro el Grande.

XXVI

La historia de este favorito, dos veces árbitro de tan vasto imperio, no es ménos extraña que la de Catalina,

y recuerda igualmente en el Norte de Europa las peripecias del Oriente.

« El príncipe Mentschikoff, » prosigue la narracion, « nació en Moscú, sin que sea posible determinar exactamente el año de su nacimiento. Su padre, simple paisano, ganaba su sustento vendiendo pastelitos sobre la plaza del Kremlin, donde habia establecido una tiendecilla. Cuando el hijo llegó á la edad de trece ó catorce años, le enviaron por las calles á vender pastelillos, que ofrecia á los aficionados en una bandeja. La mayor parte del tiempo la pasaba en el patio del palacio, por la razon bien sencilla de que allí encontraba mas compradores que en las otras plazas y cantones de la ciudad.

« Segun se dice, era bastante bello en su juventud, y poseia un humor jovial, con el que divertia á los soldados de la guardia del czar. Pedro I era de la misma edad que él, y las agudezas del pastelerillo habian divertido á menudo al príncipe, que tenia frecuentes ocasiones de verlo por las ventanas de su apartamento.

« Un dia que gritaba porque un strelitz le tiraba de las orejas mas fuerte que de costumbre, el czar envió á decir al soldado, que suspendiera sus malos tratamientos, y mandó subir al niño á su habitacion para divertirse con él algunos momentos. Presentóse

ante el czar, sin turbarse en lo mas mínimo, y respondió á sus preguntas con una gracia tan picante, que el jóven monarca lo admitió en el cuerpo de sus pajes y lo hizo vestir en seguida con el traje y las insignias de su nuevo oficio.

« Mentschikoff, así transformado, pareció tan agradable á los ojos del czar, que lo agregó al servicio de su cuarto y vivió en lo sucesivo con él en amistad muy estrecha.

« Este favorito se hizo tan inseparable de su soberano, que le acompañaba á todas partes, hasta el consejo de Estado, en donde se aventuraba algunas veces á emitir su opinion de una manera grotesca y cómica, seguro de agradar así á su señor.

« Los mismos ministros conociendo todo su ascendiente, se sirvieron de él en muchas ocasiones para hacer prevalecer en el ánimo del príncipe, naturalmente receloso y obstinado, sus propias resoluciones, ó para vencer repugnancias que sin este artificio hubiesen sido insuperables.

« Mentschikoff, aunque no sabia leer ni escribir, habia nacido con mucho talento y afición á las grandes cosas, y poseia sobre todo el genio de la dominacion, que no es dado á todo el mundo. A fuerza de oír hablar de gobierno y de discutir los negocios políticos, se formó de tal suerte que llegó á las dignida-

des mas elevadas del imperio ruso. Fué sucesivamente nombrado príncipe, primer senador, feld-mariscal y caballero de la órden de San Andrés. El alto concepto que el czar habia formado de la capacidad de Mentschikoff, unida á la confianza que le inspiraba, inclinaron á este monarca á nombrarlo regente del imperio, siempre que sus negocios y su afición natural á los viajes lo determinaban á ausentarse de sus estados.

« Mentschikoff se aprovechó de las ventajas que le ofrecia su posicion para adquirir inmensos bienes, tanto en su país como fuera de él. Poseia tan grande y tan prodigiosa cantidad de tierras y de señoríos en el imperio de Rusia, que se decia comunmente que podia ir desde Riga, en Livonia, hasta Derbend, en Persia, acostándose siempre en alguna de sus tierras. Se contaba, en la enumeracion de sus dominios, mas de ciento cincuenta mil familias de paisanos ó esclavos, términos sinónimos en la lengua rusa.

« No fué solo en el imperio, en donde el príncipe Mentschikoff adquirió bienes y honores; todos los soberanos de la Alemania y del Norte se los concedieron tambien, en vista del ascendiente que ejercia en el ánimo de su señor.

El emperador Carlos VI le hizo príncipe del imperio romano y le dió el ducado de Kosel, en Silesia.

Los reyes de Dinamarca, de Prusia y de Polonia le nombraron caballero de sus órdenes, y añadieron á estos títulos pensiones considerables.

XXVII

« Después de la muerte de Catalina, el nieto de Pedro el Grande, hasta entónces olvidado, fué proclamado emperador bajo el nombre de Pedro II. El primer cuidado de Mentschikoff, como hábil político, fué el de exagerar al czar el servicio que acababa de prestarle, y hacerle desconfiar de su pueblo y de la córte. Le dijo que su vida corría peligro; le habló de conspiraciones posibles, y le aseguró que su persona no estaría segura, si no depositaba en sus manos fieles la mayor autoridad imaginable, nombrándolo vicario general del imperio y generalísimo de los ejércitos. El nombramiento estaba preparado, y al punto fué expedido. Después de esto, Mentschikoff procedió, sin pérdida de tiempo, á hacer contraer al czar esponsales con su hija primogénita.

« La ceremonia se celebró sin ninguna oposicion manifiesta de parte de los senadores y otros grandes

funcionarios de la corona, que asistieron á ella sin dar la menor muestra exterior de descontento. Para lograr este fin sin dificultad ni obstáculo alguno, habia alejado de la administracion de los negocios y de la córte, á todos los señores rusos que no habian podido disimular sus sentimientos de oposicion y repugnancia. Desterró á muchos á la Siberia por crímenes supuestos; pero, sea que no conociese bien las intenciones del príncipe Dolgoruki y del conde Ostermann, quienes por temor ó por ganar tiempo, aparentaban aprobar sus planes, sea que los supiese sin influjo, no adoptó medida alguna contra ellos.

« Algun motivo hay para creer que no los temia, porque siempre les hablaba con el lenguaje de un soberano absoluto. Conservaba este aire imperioso con el czar: ponía obstáculos á sus placeres, aun á los mas inocentes, y no le dejaba comunicarse con las personas que mas queria. En una palabra, Mentschikoff gobernaba el imperio ruso con un despotismo mil veces mas tiránico que el practicado por el mas absoluto monarca legítimo.

« Habia llegado á imaginarse que las medidas que habia adoptado para consolidar su poder no podian encontrar resistencia por parte de los hombres, y solo se ocupaba en los preparativos del matrimonio de su hija con el czar, cuando cayó bastante grave-

mente enfermo para que se dudara de su curacion.

En aquella coyuntura, las personas á quienes habia encomendado el gobierno de su pupilo y futuro yerno, dejaron al jóven un poco mas de libertad.

« Permitieron que la princesa Isabel y los jóvenes príncipes Dolgoruki fuesen algunas veces á visitarlo. Como eran casi de la misma edad, naturalmente gustaba mas de su conversacion que de las distracciones sérias que le procuraba Mentschikoff.

« Establecióse poco á poco entre ellos la familiaridad, hasta el punto que el czar no podia pasarse sin su compañía; pero apénas se restableció Mentschikoff, volvió á observar de nuevo la conducta de su futuro yerno; le pareció mal que se hubiese permitido á la princesa Isabel el ver frecuentemente al jóven monarca; hizo entender á esta amable tia que tal asiduidad no era decorosa, y que debia limitar sus visitas á los dias de ceremonia. En cuanto á los sentimientos de amistad que el czar mostraba al jóven Ivan Dolgoruki, ningun recelo le causaron, porque no suponía al padre bastante audáz para emprender ninguna aventura, ni al hijo bastante agudo para inspirar al czar, naturalmente tímido, la resolucion de romper el yugo que lo sujetaba.

« Mentschikoff se equivocó en su juicio; porque si el padre y el hijo no tenían un carácter emprende-

dor, poseían á lo ménos todas las cualidades necesarias para dirigir una intriga forjada por personas mas hábiles que ellos. El conde Ostermann, ministro atrevido á la par que ilustrado, sabia lo que habia de hacer, y solo aguardaba una ocasion propicia para inspirarles el designio de perder á Mentschikoff, á quien odiaba con ardor, y le pareció que se le presentaba esta ocasion en un viaje que hizo con el czar á Peterhoff, con motivo de ciertas cacerías organizadas para divertir al príncipe.

« Sin perder tiempo, Ostermann fué á casa de todos los senadores y jefes de la guardia para explorar sus intenciones; y como halló en todos ellos disposiciones conformes á las suyas y un ódio violento contra la tiranía de Mentschikoff, les comunicó su proyecto y aleccionó separadamente á cada uno de ellos acerca de lo que habia de hacerse. Empezó instruyendo á los príncipes Dolgoruki, padre é hijo, haciéndoles entrever que si se lograba impedir el próximo matrimonio del czar con la hija de Mentschikoff, el imperio se alegraría de verlo casarse con una princesa Dolgoruki.

« No se trata, » dijo, « mas que de aconsejar al czar que salga de Peterhoff secretamente, sin que lo sepa nuestro enemigo; el senado, convocado á este fin en una casa de campo del gran canci-

« muestras exteriores de vanidad. Si vos, encargado
 « de despojarme de ellas, llegais á recibir alguna de
 « ellas, aprended de mí lo poco que deben apre-
 « ciarse. »

Despues de haber cogido el cofrecillo, el oficial le dijo que no se limitaba su comision á pedirle las insignias, sino tambien á despedir á todos los criados y el equipaje que llevaba consigo; hizósele bajar del carruaje con su mujer y sus hijos, y montar en unos carricoches traídos de intento para conducirlos en ellos á Renneburgo.

« Cumplid vuestro deber, » respondió, « á todo es-
 « toy preparado : cuanto mas me quiteis, mas de-
 « sembarazado me quedaré. Solo os encargo que di-
 « gais á aquellos que se aprovechen de mis despojos,
 « que me parecen mas dignos de compasion que yo
 « mismo. »

En seguida se apeó del carruaje con aire resuelto y dijo :

« Mejor me encuentro aquí que en coche. »

« Condujéronlo en aquel triste vehículo á Renneburgo, en compañía de su mujer y de sus hijos, colocados en carruajes separados. Por casualidad solamente los veia, y no se le permitia hablar con su familia siempre que lo deseaba; pero cuando hallaba ocasion fortuita de hacerlo, no dejaba de alentarlos

con discursos tan cristianos como heróicos, á sobrellevar con paciencia su infortunio, cuyo peso, les repetia, era mas fácil de soportar que el del poder.

« Aunque hubiese una distancia de ciento cincuenta leguas entre la ciudad de Moscú, donde el czar residia, y el castillo de Renneburgo, donde Mentschicoff se hallaba prisionero, sus enemigos le creian muy cerca aun del czar, para no temer nada de sus intrigas. Esta es la razon porque resolvieron alejarle mas de mil quinientas leguas, á un desierto llamado Yakutsk, al extremo de la Siberia.

« Allí fué trasladado con su mujer, sus hijos y ocho criados que se le dejaron para servirles en el destierro.

« La princesa Mentschikoff, en el apogeo de su edad y de su fortuna, se hacia estimar por sus virtudes, su dulzura, su piedad y las muchas limosnas que hacia á los pobres. Murió en el camino, entre Renneburgo y Kazan, donde fué enterrada. Su marido la sirvió de sacerdote en su agonía, y manifestó mas sensibilidad en esta pérdida que en la de su libertad y de todos sus bienes y honores. No obstante, se resignó y continuó su camino embarcado, de Kazan hasta Tobolsk, capital de la Siberia, donde todo el pueblo, no-ficioso de su llegada, esperaba con impaciencia á este

hombre, que poco ántes hacia temblar todo el imperio de Rusia.

« En el momento en que desembarcaba, dos señores, que habia, en tiempo de su poder, desterrado á Tobolsk, se le acercaron y le llenaron de injurias; Mentschikoff los reconoció y continuando su camino dijo á uno de los dos :

« Pues que no puedes vengarte de un enemigo mas
« que insultándolo, date esa satisfaccion; yo te es-
« cucharé sin ódio y sin resentimiento. Si te he sa-
« crificado á mi política, era porque sabia que tenias
« mérito y orgullo. Hé visto en tí un obstáculo á mis
« designios y te he aniquilado. Tú hubieras hecho
« otro tanto en mi lugar. Estas son necesidades de la
« política. »

Despues volviéndose hácia el otro le dijo :

« En cuanto á tí, ignoraba que estuvieses pros-
« cripto, no teniendo ningun resentimiento personal
« contigo. Si estás desterrado, ha sido por cierta ma-
« quinacion secreta en que se abusó de mi nombre.
« Como no te veia ya, suponía que estabas muerto
« ó viajando; esta es la verdad. Pero si los ultrajes
« que me prodigas son un calmante de tus males,
« continua; estoy muy ageno de oponerme. »

« Llegó un tercer desterrado, animado del mismo espíritu de hostilidad, atravesó por el gentío, recogió

lodo y lo arrojó á la cara del jóven príncipe Mentschikoff y de sus hijos. En seguida Mentschikoff le dijo :

« Tu accion es infame y estúpida. Si tienes alguna
« venganza que ejercer, ejércela contra mí, y no con-
« tra mis hijos. Su padre ha podido ser culpable, pero
« ellos son inocentes. »

« En el corto tiempo que permaneció en Tobolsk, se ocupó activamente en los medios de aliviar la miseria á que su familia iba á verse espuesta en el espantoso desierto adonde debía conducirla. El virey de Siberia le habia enviado á su prision una suma de quinientos rublos que el czar habia mandado que se le entregase para su subsistencia y la de los suyos. Mentschikoff manifestó que esta liberalidad era inútil, en un pais donde no se sabia en que emplearla, y preguntó si le seria permitido emplearla en Tobolsk, en adquisiciones necesarias. Habiéndosele concedido lo que pedia, compró una hacha y otros instrumentos propios para cortar los árboles y trabajar la tierra; hizo provision de toda especie de simientes, redes para pescar, en fin de una porcion de carnes y pescados salados para su subsistencia. El dinero sobrante se distribuyó por su órden á los pobres de Tobolsk.

« De la capital de la Siberia fué transportado con sus hijos á Yakutsk, en un carrito descubierto, tirado

ya por un caballo, ya por perros. Antes de su partida de Renneburgo, se le habia cambiado su traje por el de un campesino. Sus hijos fueron tratados de la misma manera : su vestido se componia de un capotillo y gorra de pieles de carnero, chaquetas y sayas de paño burdo. El viaje duró cinco meses, durante los cuales sufrieron todo el rigor del clima y las injurias de la intemperie.

« Un día, miéntras se hacia un alto en la cabaña de un pobre siberiano, un oficial que regresaba del Kamtschatka entró casualmente en aquella misma cabaña. Habia sido enviado en el reinado de Pedro I con una comision concerniente á la empresa del capitán Behring y los descubrimientos que este navegante estaba encargado de hacer en el mar del Norte.

« Este oficial, que habia sido ayudante de campo del príncipe Mentschikoff, ignoraba completamente la desgracia de su antiguo general.

« Habiéndolo reconocido Mentschikoff, y llamado por su nombre, el oficial le preguntó quien era, y en donde lo habia conocido. El príncipe le replicó :

— « ¿ Por ventura, no conoces á Alejandro ?

« — ¿ Qué Alejandro ? » respondió bruscamente el oficial.

— Alejandro Mentschikoff.

— Sí, repuso el oficial, lo conozco y debo conocerlo

perfectamente, puesto que he servido bajo sus órdenes.

— ¡ Pues bien, ! ante tus ojos lo tienes, le dijo Mentschikoff.

« Teniendo el oficial el suceso por improbable, lo consideró como á un paisano que habia perdido el juicio, y no prestó atencion á sus palabras. Entónces Mentschikoff le cogió la mano y lo condujo á la claraboya, por donde la cabaña recibia la luz.

— Mirame bien, le dijo, y recuerda las facciones de tu general. »

Despues de contemplarlo despacio, pareciéndole al oficial que al fin lo reconocia, exclamó con tono de sorpresa:

« — ¡ Mi príncipe ! Qué aventura ha puesto á vuestra alteza en el estado deplorable en que lo veo ? »

— Suprime estas palabras de *príncipe y su alteza*, dijo Mentschikoff; ya no soy mas que un simple paisano tal como nació. Dios que me habia elevado á la cumbre de la vanidad humana, me ha vuelto á sumergir en mi primera condicion.

« El oficial, que no llegaba á convencerse, habiendo visto en el rincon de la cabaña á un jovencito ocupado en componer con cuerdas sus destrozadas botas, le preguntó en voz baja si conocia á aquel hombre.

« Sí » le respondió el jóven, « es Alejandro, mi pa-

« dre ? quieres tú tambien desconocernos en nuestra desgracia, tú que has comido tanto tiempo el pan de nuestra mesa ? »

El padre, que oyó hablar de aquella suerte á su hijo, le impuso silencio y dirigiéndose al oficial:

« Hermano, exclamó, perdona á mi desgraciado « hijo su mal humor. Ese muchacho es efectivamente « mi hijo, el que tantas veces has tenido tú sobre « tus rodillas » Aquí están mis hijas, añadió mos- « trándole dos campesinas tendidas en el suelo que mojaban pan comun en una taza de madera, llena de leche. « La mayor habia tenido la honra de « contraer esponsales con el emperador Pedro II. »

« El oficial se quedó estupefacto con esta explicacion. Mentschikoff, que habia observado su sorpresa, prosiguió.

« — Mis palabras te confunden, porque no estás al « corriente de los acontecimientos que han sucedi- « do en nuestro imperio en los tres años que ha- « ce que te alejaste de él unas dos mil quinientas le- « guas; pero tu sorpresa cesará cuando tengas no- « ticias de ellos. »

« Y sin interrumpirse lo puso al corriente de todo lo que habia pasado en Rusia desde 1725 hasta 1728, revelándole uno tras otro los acontecimientos precedentes, diciéndole el papel que habia repre-

sentado en ellos, y juzgándose á sí propio con mucha severidad. »

Quando hubo terminado su narracion, enseñó al ayudante de campo sus hijos dormidos en el suelo, y no pudiendo contener sus lágrimas:

« Hé ahí, » le dijo « el único objeto de mi tor- « mento, la sola causa de mis dolores. Ahora soy tan- « pobre como he sido ántes rico; pero yo no siento la « pérdida de mi fortuna, he nacido paisano y moriré « paisano : la pobreza no me asusta. Ni aun mi mis- « ma libertad deploro. No está exenta mi vida de « faltas, y considero mi miseria presente como « una expiacion justa de mis pasados errores. ¿ pero « qué crimen han cometido esas pobres criaturas ? « ¿ Porqué envolverlas en mi infortunio ? Así, en el « fondo de mi alma espero que Dios, siempre equi- « tativo, permitirá que mis hijos vuelvan á ver « á su patria; se restituirán á ella ilustrados por « la experiencia y sabiendo contentarse con su po- « sicion, por humilde que sea, la que el cielo les « dispense ? No ha sido mi insaciable ambicion la « fuente de los males que sufro ahora ? Induda- « blemente vamos á separarnos para siempre. Cuan- « do tengas la honra de ser recibido por el empe- « rador, refiérole como me has hallado, asegúrale « que no maldigo su justicia, y dile que gozo aho-

« ra de una tranquilidad de conciencia y una libertad de ánimo que me era desconocida en los tiempos de mi prosperidad. »

« Calcúlese si el interlocutor de Mentschicoff se sentiría admirado oyéndolo hablar de aquella manera. Fué menester que los soldados de la escolta le confirmasen todos los hechos para que pudiese darles crédito. »

« En el momento de separarse de su antiguo general, y cuando lo vió montar en su miserable carricoche, el oficial se sintió fuertemente conmovido y no pudo prescindir de admirar tanta resignacion en tan gran desgracia. »

« Apenas llegó al punto de su destierro, Mentschikoff no pensó mas que en los medios de suavizar su rigor; hizo derribar árboles para construir una casa mas cómoda que la cabaña siberiana que se le habia asignado para alojamiento. No solo empleó en este trabajo los ocho paisanos que se le habia permitido llevar consigo, sino que él mismo puso manos á la obra, trabajando como los otros con la hacha. Comenzó por edificar una capilla, á la que agregó un vestíbulo y cuatro cuartos, en uno de los cuales se instaló con su hijo, en el segundo se colocaron sus hijas, puso á los paisanos en el tercero, y el cuarto quedó destinado para guardar las provisiones. La hija

primogénita, la que habia contraído esponsales con Pedro II, cuidaba juntamente con su esclavo de preparar el alimento á la nueva colonia. La segunda, que estuvo casada con M. de Biren, duque de Curlandia, componia los vestidos, lavaba y planchaba, ayudada en el desempeño de sus labores por una esclava.

« Un amigo caritativo, cuyo nombre han ignorado siempre Mentschikoff y sus hijos, logró enviarles de Tobolsk un toro, cuatro vacas preñadas, y aves de toda especie. Hizo tambien un jardinito para tener todo el año legumbres para la familia. Obligaba á todos los de su casa á asistir diariamente á las oraciones que se hacian con regularidad en la capilla, por la mañana, al mediodía y por la noche. »

« Mentschikoff habia pasado ya seis meses sin dar muestras de ninguna inquietud, cuando atacaron las viruelas á sus hijos. La primera atacada fué su hija mayor; á falta de médico y de sacerdote, él fué uno y otro, y despues de haber empleado en vano los remedios, que creia convenientes para curarla, la exhortó á morir con un valor tan heróico como cristiano. »

« Ella le respondió que aunque la asustaba el tránsito de esta á la otra vida, deseaba que llegase cuanto ántes aquel momento. El cielo escuchó su oracion; la jóven espiró en los brazos de su padre, que mostró

únicamente su dolor teniendo un momento pegado su rostro al de su hija; luego, volviéndose hácia sus otros hijos:

«Aprended en el ejemplo de vuestra hermana,» les dijo, «á morir sin deplorar la pérdida de las cosas de este mundo.»

«En seguida entonó y cantó con los de casa las oraciones que segun el rito griego se acostumbra á rezar por los muertos. Pasadas veinticuatro horas, la mandó levantar de la tarima en que habia muerto y trasladarla á la capilla, en donde fué inhumada en su presencia.

«El hermano y la hermana de la infortunada princesa no tardaron en ser atacados por esta terrible enfermedad. Mentschikoff los cuidó con tanta asiduidad, perseverancia y valor, que bien se puede decir que él los libró de la muerte. Mas apenas estuvieron fuera de peligro, el desventurado padre, rendido de fatiga, y minado por el dolor, contrajo una fiebre que lo puso en poco tiempo en la última extremidad.

«Un dia que se sintió próximo á espirar, llamó á sus hijos y les dijo con perfecta tranquilidad:

«— Toco el límite de mi última hora; la muerte no me desconsolaria, si al aparecer en la presencia de Dios, no tuviese que darle cuenta mas que del

« tiempo que he pasado en el destierro. La razon y la religion, que he desatendido en mi prosperidad, me han enseñado que si la justicia de Dios es infinita, su misericordia, en la que confio, no lo es ménos. Me separaria de vosotros y del mundo muy tranquilo, si no hubiera dado mas ejemplos que de virtud. Vuestros corazones, exentos hasta ahora de corrupcion, se hallan todavía en un estado de inocencia que conservareis mejor en medio de estos desiertos que en la córte. Si volveis á ella algun dia, no os acordeis mas que de los ejemplos que os he dado en este retiro. Mis fuerzas me abandonan; acercaos, hijos míos, para que yo os bendiga.»

«Quiso extender el brazo, pero en el mismo instante inclinó la cabeza sobre el hombro, y se apoderó de él una convulsion mortal. Sus hijos lo hicieron enterrar en la capilla, al lado de su hija, cumpliendo los deseos que habia mostrado en los últimos dias de su vida.

«Despues de la muerte del príncipe Mentschikoff, el oficial encargado de la custodia de aquellos desventurados, fué el primero que, estimulado por la compasion, aconsejó á aquellos jóvenes la manera mas ventajosa de hacer producir el establecimiento formado por su padre; les concedió un poco más de

libertad, y les permitió, además de algunos paseos, que fuesen alguna vez á oír los oficios divinos en Iakutsk.

« En una de estas excursiones, la princesa Mentschikoff apercibió, al pasar junto á una cabaña siberiana, á un hombre, cuya cabeza se veía á través de la claraboya; no prestó ella mucha atención, juzgándolo un pobre campesino moscovita, por la barba crecida que traía, y la forma de su gorra. Observó no obstante que aquel hombre, viéndola cerca, había dado repentinamente muestras de sorpresa, de que ella no podía saber la causa. Al volver de la iglesia por el mismo camino, encontró á aquel hombre en la misma actitud; pero ella apresuró el paso y se alejó rápidamente, presumiendo con razón que no era casual aquel encuentro repetido.

« No se engañaba la joven. El supuesto paisano era el príncipe Dolgoruki, que la había reconocido, y que creyendo haber sido también reconocido por ella, sospechó que se había separado un poco de su camino por evitar toda comunicación con el autor de los desastres de su familia. Sin embargo, él la llamó por su nombre. Sorprendida de oírlo pronunciar en aquel sitio, retrocedió, miró á Dolgoruki, y no conociéndolo, quiso continuar su vuelta.

« ¿Princesa, porqué me huis? » exclamó Dolgo-

ruki; « ¿ se debe conservar la enemistad en el lugar « y en el estado en que nos encontramos? »

« Estas palabras excitaron la curiosidad de la princesa, y se acercó al supuesto paisano.

« ¿ Quién eres? » le dijo ella, « ¿ y porqué puedo « odiarte? »

— ¿ No me conoces? » repuso el paisano.

— No, replicó ella.

— Soy el príncipe Dolgoruki.

Al oír este nombre, sorprendida, estupefacta, se acercó mas á la cabaña.

« Efectivamente, » dijo, él es « ¿ desde cuando, y « que ofensa á Dios ó alzar te ha traído aquí? »

« Ya no se trata del czar, » respondió Dolgoruki, « que murió ocho días después de haber contraído « esponsales con mi hija, que está aquí moribunda « tendida sobre un banco. Parece que te extraña esto; « ¿ ignoras todas estas particularidades? »

— ¿ Cómo respondió la princesa, cómo quieres que en medio de estos desiertos, privados de toda comunicación, tengamos noticia de lo que pasa á tanta distancia de nosotros? »

« — Sí, » prosiguió Dolgoruki, « Pedro II ha muer- « to. Su trono lo ocupa hoy una mujer colocada en « él por nosotros, contra la ley del Estado, por la « única razón de que, creyéndola con otro carácter,

« nos prometíamos vivir bajo su reinado mas felices
 « que bajo sus predecesores y los verdaderos here-
 « deros de la corona. ; Pero cuanto nos hemos enga-
 « ñado ! Apénas coronada, nos hemos apercibido de
 « que era un monstruo de crueldad. Con el fin de
 « afianzar su poder, nos ha desterrado por crímenes
 « imaginarios, esperando sin duda que no soporta-
 « ríamos los rigores de nuestra suerte. En el viaje
 « nos han tratado como á los mas odiosos malvados
 « privándonos, como ahora mismo, de todo lo nece-
 « sario. Yo he perdido á mi esposa en el camino, y
 « mi hija se está muriendo ; pero confio en que, ape-
 « sar de esta miseria, viviré bastante para ver en
 « este mismo sitio á esa mujer, que sacrifica las mas
 « ilustres familias de la Rusia á la ambicion y la ava-
 « ricia de tres ó cuatro bandidos extranjeros, aman-
 « tes y cómplices suyos. »

« Cuando la princesa Mentschikoff vió que Dolgo-
 ruki se enfurecia de aquella manera, se retiró á toda
 priesa á su casa. Allí, en presencia de su hermano y
 del oficial encargado de su custodia, refirió el extra-
 ño encuentro que acababa de tener y las singulares
 nuevas que le habian dado.

« Animado siempre de un espíritu de venganza
 contra los Dolgoruki, el jóven Mentschikoff escuchó
 con gran placer la narracion de los reveses sufridos

por sus enemigos, y reprendió á su hermana porque
 en lugar de haber huido con tanta precipitacion, no se
 habia detenido para recojer mas noticias y escupirle
 en seguida á la cara, como merecia. Habiendo aña-
 dido en el calor de su discurso, que no se contenta-
 ria él con tan poco si se le presentase la ocasion,
 este arrebato le valió una reprimenda de parte del
 oficial que lo guardaba.

« Acordaos, » le dijo, « de los sentimientos que lle-
 « naban el alma de vuestro padre, que os predicó
 « constantemente el olvido de las injurias. En su le-
 « cho de muerte le habeis jurado que perdonariais á
 « vuestros enemigos, no falteis á vuestro juramen-
 « to. Además, añadió, si perseverais en vuestros de-
 « signios de venganza, yo me veré obligado á priva-
 « ros de la libertad que os he dado. »

« Poco tiempo despues de este encuentro, la cza-
 rina Ana Ywanowna, compadeciéndose de las des-
 gracias é inocencia de estos dos jóvenes, les conce-
 dió la mas completa amnistia. Apénas recibieron
 esta dichosa noticia, corrieron á la iglesia de Yakutsk
 para elevar su alma á Dios y dar gracias á la Provi-
 dencia. De vuelta de la iglesia apercibieron á Dolgo-
 ruki, é hicieron como si no le hubiesen visto, pero
 este les suplicó que se detuviesen un instante.

« Puesto que gozais de una libertad, que á mí no

« se me concede, » les dijo, « aproximáos y consolé-
« monos los unos á los otros con la conformidad de
« nuestra suerte y la mútua relacion de nuestras
« desgracias. »

« El jóven príncipe, se acercó, en efecto y le res-
pondió :

« Confieso que conservaba aun rencor contra tí,
« pero viéndote en un estado tan miserable, siento
« que el ódio desaparece de mi corazon, y te per-
« dono como mi padre te ha perdonado. Quizá debe-
« mos al sacrificio que ha hecho á Dios de sus penas,
« nuestra libertad y nuestro regreso á la corte. »

« — ¿ Vos teneis permiso para volver ? » le dijo el
príncipe Dolgoruki, admirado y suspirando.

« — Sí, » respondió Mentschikoff, « y, para que no
« se nos incremine por la conversacion que hemos
« tenido contigo, no estrañarás el que nos retiré-
« mos. »

« — ¿ Cuándo partireis ? » repuso Dolgoruki.

« — Mañana, » dijo Mentschikoff, « acompañados
« de un oficial, que trayéndonos nuestro perdon, se
« ha ofrecido á volvernos en coches algo mas cómo-
« dos que en los que vinimos. »

« — A Dios pues, » replicó Dolgoruki, « olvidad
« todos los motivos de enemistad que tengais contra
« mí; pensad alguna vez en los desgraciados que de-

« jais aquí, y que no volvereis á ver mas. Privados
« de todas las cosas necesarias á la vida, comenza-
« mos á sucumbir bajo el peso de la miseria. Yo no
« digo nada que no sea cierto, y si dudais de ello,
« mirad á mi hijo, á mi hija, á mi nuera, tendidos
« en el suelo y llenos de enfermedades que no les
« dejan fuerza para levantarse. No les negueis el
« consuelo de recibir vuestra despedida. »

« Mentschikoff y su hermana no pudieron ver este
triste espectáculo sin conmovirse; dijeron á Dolgo-
ruki, que no podian, sin hacerse culpables, hablar en
su favor, en el país á que iban, pero que le procura-
rian en el que dejaban todo el alivio que estuviese á
su alcance, y le hicieron regalo de la casa que su pa-
dre y ellos tenian allí.

« Cómoda es, » le dijeron, « y está bien surtida de
« animales, aves y otras provisiones que nos han
« sido enviados por amigos desconocidos. Recíbelos
« con la misma voluntad con que nosotros te los
« damos. Desde mañana puedes tomar posesion, por-
« que nosotros partiremos al amanecer.

« Efectivamente se pusieron en marcha muy tem-
prano para Tobolsk, capital de la Siberia. No acació
en el camino cosa digna de mencion; solo podria de-
cirse que guardaron sus vestidos de paisano, desde
Yakutsk hasta Tobolsk. Con dificultad los conocieron

en Moscú ; tanto habian cambiado en todos sentidos.

« La czarina los acogió con demostraciones de placer y de bondad ; recibió á la princesa Mentschikoff en calidad de dama de honor, y la casó con M. de Biren, hijo de M. de Biren, mayordomo mayor de Rusia, y luego duque de Curlandia.

« En el inventario de bienes y papeles del difunto príncipe Mentschikoff, se vió que tenia sumas considerables en los bancos de Amsterdam y de Venecia. El ministerio ruso habia hecho muchas tentativas para apoderarse de estas sumas ; pero los directores de los bancos, fieles á las inviolables costumbres del país, se negaron siempre á desprenderse del dinero perteneciente al príncipe Mentschikoff, hasta tanto que estuviesen seguros que él ó sus herederos se hallaban en libertad y dueños de disponer. Se supone que este dinero que ascendia á mas de quinientos mil rublos, sirvió para dote de la señora de Biren, y por esta circunstancia ascendió el jóven príncipe Mentschikoff al puesto de capitán-teniente de la guardia de la czarina. Además, se le restituyó la quincuagésima parte de los bienes territoriales que su padre poseia.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO

I

Mohammed-Baltadji acababa de ilustrar y fortificar el imperio con la mas gloriosa paz que un gran visir hubo firmado jamás con el sable en la mano. A su llegada á Constantinopla recibió el premio comun á todos los servicios superiores al reconocimiento de las naciones. La opinion criticaba injustamente el no haber exterminado el ejército ruso y traído al czar cautivo á las Siete-Torres. Las calumnias de Carlos XII y del enviado polaco Poniatowski hallaron un pueblo crédulo para adoptarlas, y un favorito envi-